

que progresan en santidad, y, sin embargo, no se ve por parte alguna que adquieran una intuición estética más penetrante; pero la objeción se desvanece al tener en cuenta que en casos tales se llama progreso en santidad a un cumplimiento más estricto de determinadas normas morales o religiosas con el fin de asegurarse la felicidad ultraterrena o un mayor grado de gloria, o con el fin de tener más felicidad y consuelos aún en esta misma vida; esta seudosantidad, santidad económica, no es abnegación, no es negación del propio querer, no es santidad ante la Filosofía. Esta llamada santidad, como que en realidad no disminuye la voluntad individuada, no disminuye el sustraendo, no aumenta el resto, o sea la capacidad de intuición estética.

Ved en confirmación de la demostración susodicha, lo que acontece en los niños, en los verdaderos niños, no en aquellos niños, que Benavente dice muy bien, o niños sin niñez que han de ganarse la vida como hombres. En la niñez, cuando el cuidado providente de los padres o de quienes los substituyen, exime al niño de la lucha por vida, cuando, aunque exista el instinto sensual, no se ha desarrollado aún el genital, foco principal del apetito, la capacidad de intuición estética es muchas veces mayor que en la edad adulta; se complace y goza el niño en cuentos de hadas, en estampas, en el campo, con una fruición estética de la cual, adulto, pierde muchas veces la capacidad; ¿es que el conocimiento es mayor en la niñez?... Evidentemente no; pero la voluntad individuada, el apetito, el ansia del querer no es constantemente intensa como en el adulto, no está lleno de la preocupación de lo útil; el hambre

